UN TENEDOR DE LIBROS

Brr... qué niebla!...—dijo el buen hombre al poner el pié en la calle.—Levantóse á escape el cuello, se abrochó el tapaboca; y con la cabeza baja y las manos metidas en los bolsillos de atrás, marchó para la oficina silboteando.

En efecto, una verdadera niebla. Entre las calles no es nada; en el corazón de las grandes ciudades la niebla no dura más que la nieve. Las techumbres la desgarran, las paredes la absorben; introdúcese

en las casas al abrir las puertas, pone escurridizas las escaleras y húmedos los tramos. El movimiento de los carruajes, el ir y venir de los transeuntes, esos transeuntes madrugadores tan presurosos y pobres, la destrozan, se la llevan consigo, la dispersan. Se pega á las estrechas y delgadas ropas de los oficinistas, á los impermeables de las señoritas de mostrador, á los velitos sin apresto, á las grandes cajas de cartón forradas de hule. Pero en los muelles aún desiertos, en los puentes, en las riberas, en el río, es una bruma densa, opaca, inmóvil, á través de la cual sube el sol, tras de la iglesia de Nuestra Señora, con la mustia luz de una lamparilla dentro de un vaso deslustrado.

A pesar del viento y de la bruma, nuestro hombre va por los muelles, siempre por los muelles, para ir á su oficina. Pudiera tomar otro camino, mas parece que el río tiene para él un atractivo misterioso. Su gusto es ir á lo largo de los parapetos, rozarse con esas barandas de piedra desgastadas por los codos de los paseantes. A aquellas horas y con el tiempo que hace, son raros los desocupados que pasean. Sin embargo, de tarde en tarde encuentra á una mujer cargada de ropa blanca apoyándose en el antepecho, ó algún pobre diablo asomándose de codos hacia el agua con talante aburrido. Cada vez que nuestro hombre vuelve atrás la cabeza los mira con curiosidad y después mira al agua, cual si una idea secreta mezclase en su mente esas personas con el río mismo.

Aquella mañanita no era alegre el río. Esa bruma que subía de las ondas gravitaba sobre él y parecía comunicarle su pesadez. Las cubiertas oscuras de las orillas, todos esos tubos de chimenea desiguales y torcidos que se reflejan, se entrecruzan y humean en medio del agua, hacen pensar en no sé qué lúgubre fábrica que desde el fondo del Sena enviase á París todos sus humos en forma de niebla. Por su parte, nuestro hombre no tenía aspecto de encontrar aquello tan triste. La humedad le cala por todas partes, sus vestidos no tienen ni un hilo seco; y eso no obstante, sigue chiflando entre dientes con una plácida sonrisa en los ángulos de la boca. ¡Hace tanto tiempo que se halla habituado á las brumas del Sena! Además, sabe que al llegar

al término de su caminata le espera un buen calientapiés bien forrado de pieles por dentro, su estufa que le aguarda zumbando, y la tapadera caliente sobre la cual hace su almuerzo todas las mañanas. Son goces de empleado, placeres de prisión, conocidos tan sólo por esos pobres seres encogidos cuya vida entera cabe dentro de una rinconada.

«Es menester que no se me olvide comprar manzanas» — dice para sí de rato en rato — y silba y se apresura. Jamás habéis visto á nadie que vaya tan alegre á su trabajo.

Los muelles, siempre los muelles, al fin un puente. Ya lo tenéis detrás de Nuestra Señora. En aquella punta de la isla, la bruma es más intensa que en otros sitios. Viene de tres lados á la vez, medio anega las altas torres, se amontona

en la cabeza del puente cual si quisiera ocultar alguna cosa. Detiénese el hombre; allí es.

Distínguense en confusión siniestras sombras, gentes en cuclillas sobre la acera con aspecto de estar aguardando, y, lo mismo que ante las verjas de los hospicios y de los jardinillos públicos, azafates extendidos con hileras de bizcochos, de naranjas, de manzanas. ¡Oh, qué hermosas manzanas, tan frescas, tan coloraditas con la neblina!... Se llena de esas frutas los bolsillos, echando una sonrisa á la vendedora que tirita con los piés encima de su calentador; en seguida empuja una puerta entre la niebla y atraviesa un patinillo, donde está una carreta enganchada.

—¿Es que hay alguna cosa para nosotros?—pregunta al paso.

Un carretero, chorreando agua, le responde:

—Sí, señor; y hasta una cosa muy linda.

Entonces entra á escape en su oficina.

Allí sí que está caliente, y se está bien. En un rincón zumba la estufa. El calientapiés se halla en su sitio. Le espera su sillón, á buena luz, junto á la ventana. La cortinilla de niebla en las vidrieras da una claridad suave y dulce; y los grandes libros de lomo verde están correctamente alineados en sus taquillas. Un verdadero despacho de notario.

El hombre respira; está en su casa.

Antes de ponerse al trabajo, abre un gran armario, saca de él unos manguitos de percalina de lustre

estirándolos con esmero, un platillo de barro encarnado y unos pedazos de azúcar procedentes del café, y comienza á mondar sus manzanas, mirando con satisfacción en torno suyo. El hecho es que no se puede ver una oficina más alegre, más pulcra, más en orden. Unicamente, lo que hay de singular allí es ese ruido de agua que se oye por todas partes, rodeándoos y envolviéndoos, cual si estuvieseis dentro de una camareta de barco. Por afuera choca el Sena gruñendo contra las pilastras de los arcos del puente y desgarra su raudal de espumas en aquella punta de la isla, llena siempre de estorbos, tablas, pilotes y cosas sin dueño conocido. Dentro de la casa misma, en derredor de la oficina, hay un chorreo de agua vertida á cántaros,

el estruendo de un gran lavatorio. No sé por qué, os hiela nada más que el oir aquel agua. Se comprende que chasca sobre un piso duro, rebota sobre anchas losas, sobre tableros de mármol que la hacen parecer aún más fría.

¿Qué hay, pues, que lavar tanto dentro de aquella extraña casa? ¿Alguna mancha indeleble quizá?

Luego, cuando se suspende ese chorreo, allá lejos, en lontananza, óyense caer gotas una á una, como después de un deshielo ó de un gran chaparrón de lluvia. Diríase que la niebla condensada por los tejados y por las paredes fúndese al calor de la estufa y gotea de continuo.

El hombre no se fija en tal cosa. Está por completo absorto en sus manzanas, que comienzan á chillar

dentro del platillo rojo, exhalando un tenue perfume de caramelo, y ese grato canturreo le impide oir el ruido de agua, el siniestro ruido de agua.

—¡Cuando V. guste, escribano!... — dice una voz cascajosa en la pieza del fondo.—Echa una mirada á sus manzanas y sale de allí muy á disgusto. ¿A dónde va? Por la puerta entornada un minuto penetra un aire desabrido y frío que trasciende á olor de cañaverales y pantanos; y se nota como una visión de ropas puestas á secar en cordeles, blusas descoloridas, chambras, una falda con cuerpo de indiana colgada á lo largo por las mangas, y todo ello goteando... goteando...

Acabó. Vuelve á entrar. Deja en su mesa una porción de objetos menudos empapados en agua, y se di-

rige friolero hacia la estufa, para desentumecer sus manos enrojecidas por el frío.

—¡Se necesita estar empecatado de veras, con este tiempo!...—dice para sus adentros, tiritando.—Pues, señor, ¿qué les pasará á todas?

Y después de calentarse bien y de que su azúcar empieza á formar perlitas en el borde del plato, se pone á desayunar en un ángulo de su mesa de despacho. Mientras engulle, abre uno de sus registros y lo hojea con satisfacción íntima. ¡Está tan bien llevado ese libro mayor! Líneas derechas, epígrafes con tinta azul, centelleos de polvos de oro, papel secante á cada página, ¡un esmero, un orden!...

Parece que marchan bien los negocios. El buen hombre tiene el aire satisfecho de un tenedor de li-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

bros á la vista de un buen inventario de fin de año. Mientras que se deleita en volver las páginas de su libro, ábrense las puertas de la sala inmediata y resuenan sobre las losas los pasos de mucha gente; hablan á media voz, como en una iglesia:

—¡Oh, qué joven!... ¡Qué lástima...!

Y se empujan y cuchichean.

¿Qué le importa á él que ella sea joven? Al acabar de comerse las manzanas, pone tranquilamente ante sí los objetos que trajo hace poco. Un dedal lleno de arena; un portamonedas, con una de cinco céntimos dentro; un par de tijeritas oxidadas, tan oxidadas, que no podrán emplearse ya jamás, ¡oh, nunca jamás!; una libreta de obrera, cuyas páginas están adheridas unas

á otras; una carta hecha jirones, borrosa, donde pueden leerse algunas palabras sueltas: *El niño... falta din... mes de nodriza...*

El tenedor de libros se encoge de hombros, como diciéndose:

—Conozco la cosa.

Luego coge su pluma, sopla con cuidado las migas de pan que cayeron en su libro mayor, hace un ademán de asentar bien la mano, y con su más hermosa letra redondilla escribe el nombre que acaba de descifrar en el mojado cuaderno:

Felicia Rameau, bruñidora, diez y siete años.